

## 5. Dennis Childs \*

### **“Todavía no viste nada”: Beloved, la cadena de presos estadounidense y la vuelta del Pasaje del Medio (Middle Passage)**

**Traducción: Márgara Averbach**

*La clasificación de todos los no occidentales como fundamentalmente no históricos está atada (...) a la suposición de que la historia requiere un sentido acumulativo del tiempo que permite al observador aislar el pasado como entidad distinguible. Michel-Rolph Trouillot, *Silencing the Past*, 1995 (Silenciar el pasado).*

*Hay una ley de deshumanización progresiva de acuerdo con la cual, de ahora en más en la agenda de la burguesía, no hay, no puede haber, más que violencia, corrupción y barbarismo. Aimé Césaire, *Discourse on Colonialism*, 1972 (Discurso sobre el colonialismo).*

*Peor que las burlas y las amenazas de los carceleros, peor que las torturas que me hicieron sufrir, peor que las horribles*

*condiciones bajo las cuales viví, fue la forma en que, para mí, se arrastraba y se arrastraba el tiempo. Cada minuto era una eternidad de sufrimiento. Angelo Herndon, *Let Me Live*, 1937 (Déjenme vivir)*

**E**n noviembre de 1994, cuando el número de prisioneros estaba por alcanzar 1,6 millones en los EEUU<sup>1</sup>, el Departamento Correccional de Carolina del Norte (DOC) emitió un comunicado de prensa anunciando que había desenterrado una reliquia del pasado carcelario estadounidense en una de sus instalaciones. Parte del comunicado decía: “el Consejo de Recursos Comunitarios del Centro Correccional Alexander ordenó que la Guardia Nacional levantara la jaula del barro y las enredaderas. El piso original de cemento, de un grosor de diez centímetros, un bañito y barras de metal trenzadas son lo único que queda de la prisión jaula donde dormían 12 convictos”<sup>2</sup>. Luego se dice que “la jaula” es uno de los dos ejemplos restantes de las prisiones portátiles del Estado que, en la década de 1930, transportaban las cadenas de presos que trabajaban en el sistema de autopistas de Carolina del Norte. Luego explica que esas jaulas se compraban por 500 dólares a una compañía de Carolina llamada “Manly Jail Works” (Trabajos carcelarios masculinos) que, en sus avisos publicitarios de la “prisión móvil”, afirmaba con orgullo que “un balde de desinfectante una o dos veces por mes y un

\* Original: Dennis Childs. (*American Quarterly*, Volumen 61, Número 2, junio 2009. Baltimore: John Hopkins University Press, 2009; pags. 271-297). Publicado con permiso del autor.

<sup>1</sup> “Prison and Jail Inmates, 1995” (*Prisioneros y encarcelados, 1995*), Departamento de Justicia de los

EEUU (DOJ), Estadísticas, agosto 1998, tomado el 12 de abril, 2008.

(<http://www.ojp.usdoj.gov/bjs/abstract/pji95.htm/>)

<sup>2</sup> North Carolina Department of Correction, comunicado de prensa, 1 de noviembre, 1994, [www.doc.state.nc.us/NEWS/1996/96news/oldcages.htm](http://www.doc.state.nc.us/NEWS/1996/96news/oldcages.htm) / (visto el 10 de junio, 2008).

balde de pintura una vez al año mantendrá esta jaula limpia, en buenas condiciones sanitarias y a prueba de alimañas” y que la jaula estaba “oficialmente aprobada por los directorios de las prisiones del Estado y los condados de todo el Sur”.

A principios del siglo xx, las cadenas de presos de Carolina del Norte y los funcionarios de las prisiones corroboraban las afirmaciones de la compañía y decían que la jaula permitía utilizar menos guardias en los campos en que se depositaba a las cadenas de presos y que era una fuente de comodidad y alegría para los prisioneros: “Apenas empezamos a usar jaulas, nuestros hombres mejoraron en salud, el sistema les levantó la moral. Las jaulas han demostrado que son frescas en verano, tibias y bien ventiladas en invierno y que los hombres están mucho más cómodos en ellas que cuando se los aloja en carpas o prisiones militares”<sup>3</sup>. Después de aludir a la horripilante estadística según la cual la expectativa de vida media de los que trabajaban en las cadenas de presos era de no más de cinco años, el comunicado de prensa del DOC termina diciendo que el Estado planeaba colocar una de las dos jaulas descubiertas en un museo del transporte: “Por lo menos una de esas jaulas debería restaurarse como recordatorio crudo de lo mucho que hemos avanzado en este siglo en cuanto a las condiciones en los establecimientos penales”. Este ensayo analiza cómo el descubrimiento de esa jaula de hierro para cadenas de presos en 1994 está anticipado por su resurrección literaria en

*Beloved*, la novela más aclamada de Toni Morrison, publicada siete años antes. Como revela en el libro la experiencia de Paul D y los 46 en la cadena de presos de Georgia – experiencia muy ignorada por la crítica—, no hay nada en la cadena de presos que sea “limpio”, esté “en buenas condiciones sanitarias” ni “a prueba de alimañas”.

Aunque las cadenas de presos fueron parte de una reforma progresista en el trato que se daba a los convictos, en el momento en que se transfirieron las poblaciones carcelarias sureñas, casi siempre negras, de manos privadas al control del Estado, hay una continuación y no una disminución del terror y el trato abyecto de parte del capitalismo racista. Como señala Alex Lichtenstein en *Twice the Work of Free Labor*, su libro fundamental sobre el trabajo forzado de convictos en el apartheid (leyes Jim Crow), la historia de la cadena de presos en los EEUU ilumina el grado hasta el cual el liberalismo norteamericano y el racismo sureño, la modernidad liberal burguesa y la barbarie “atrasada” sureña se han constituido una a la otra bajo el imperio estadounidense. Cuando habla del tema, Lichtenstein señala el rol central del gobierno federal, que apoyó lo que se suponía que fuera una reforma modernizadora del sistema del arrendamiento de presos: “Con la ayuda y el aliento de la intervención federal (que dio apoyo económico y logístico), hubo una simbiosis entre el progreso corporizado en una red moderna de transporte y la tradición del trabajo negro no libre”<sup>4</sup>. Después cuenta cómo, a través de la

<sup>3</sup> Ídem.

<sup>4</sup> Alex Lichtenstein, *Twice the Work of Free Labor: The Political Economy of Convict Labor in the New South* (Dos veces más que el trabajo libre: la economía política

del trabajo de los convictos en el Nuevo Sur), Londres: Verso, 1996. Ver también David Oshinsky, “*Worse than Slavery*”: *Parchman Farm and the Ordeal of Justice* (Peor que en la esclavitud: la Granja Parchman y la

propagación del mito de la indolencia negra – es decir, la idea de que los negros libres solamente estaban preparados para hacer “trabajos de negro” y solamente trabajaban si se los obligaba mediante métodos como latigazos, “estiramientos” y una versión moderna de los cepos feudales--, el Sur consiguió subirse al progreso de la modernización económica a través de la esclavitud de la prisión: las cadenas de presos tuvieron un rol central en proyectos como la construcción de ferrocarriles y autopistas, el trabajo en minas de carbón y hierro y las industrias forestales. Como cuenta un ex prisionero en una cadena de presos en Florida, los cautivos experimentaban una banalidad de terrores que borraba la línea entre la vida y la muerte y ofrecían una repetición terrible de los espectáculos forzados en los barcos esclavistas y las plantaciones: “nos mandaban a los pantanos a manejar troncos y poner rieles. Después de 24 horas, *rezábamos para morir (...)* si no trabajábamos con suficiente rapidez, nos castigaban cruelmente con látigos. (Y) después de castigarnos toda la semana, (el capitán de la guardia) y *sus hombres venían y nos hacían cantar y bailar para ellos*”.<sup>5</sup>

En *Beloved*, la descripción que hace Morrison del barco esclavista, la plantación y la cadena

terrible experiencia de la justicia), Nueva York: Simon and Schuster, 1996; Milfred Fierce, *Slavery Revisited: Blacks and the Convict Lease System 1865-1933* (Una nueva visita a la esclavitud: los negros y el sistema de arrendamiento de convictos), Nueva York: City University of New York, 1994; Angela Y. Davis, “From the Prison of Slavery to the Slavery of Prison: Frederick Douglass and the Convict Lease System” (De la prisión de la esclavitud a la esclavitud de la prisión: F. D. y el sistema de arrendamiento de convictos), en *The Angela Davis Reader*, editado por J. James. Malden, Massachusetts: Blackwell, 1998, 74-95; y Matthew Manzini, *One Dies Get Another: Convict Leasing in the*

de presos hace imposible una lectura de las formaciones del terror racial y el genocidio como excepciones aberrantes o premodernas a las reglas del capitalismo estadounidense, las condiciones penales en Occidente y la modernidad. El resurgimiento de la cadena de presos en su novela junto con la resurrección de un sobreviviente fantasmal del Pasaje del Medio (Middle Passage), ejemplifica el rol central que tuvieron en el imperio estadounidense las arquitecturas como el barco esclavista, la plantación anterior a la Guerra Civil y la jaula de la cadena de presos. Su trabajo muestra lo que yo llamo el “modelo carcelario del Pasaje del Medio”, un paradigma capitalista y racial de encarcelamiento y violencia, que cambia completamente la historiografía penal centrada sólo en el sujeto blanco. Ese nuevo mapa de lo carcelario a través de la lente del terror racial lee los barracones, cadenas, corrales de esclavos y plantaciones del Pasaje del Medio como centrales para el proyecto imperialista, como objetos análogos en lo espacial, lo ideológico, lo ontológico y lo económico al castigo moderno, objetos análogos que llegaron al presente como fantasmas mediante formaciones de violencia espacial como la jaula de la cadena de presos<sup>6</sup>.

*American South, 1866-1928* (Una muerte sigue a otra: el arrendamiento de presos en el Sur estadounidense), Columbia: University of South Carolina Press, 1996.

<sup>5</sup> Walter Wilson, *Forced Labor in the United States* (El trabajo forzado en los EEUU), Nueva York: International, 1933, 80, el énfasis es mío.

<sup>6</sup> Para mi análisis de lo fantasmal y los fantasmas en las zonas de terror estatal, debo mucho al trabajo incisivo de Avery Gordon, *Ghostly Matters: Haunting and the Sociological Imagination* (Asuntos de fantasmas: los lugares encantados y la imaginación sociológica), Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996.

En el texto de Morrison, un texto aparentemente tan obsesionado por el pasado, hay una serie de “fantasmas del futuro”, como yo los llamo, que sugieren que las arquitecturas góticas penales como la jaula de la cadena de presos no están listas para aparecer en la memoria de los museos del transporte como emblemas de una era pasada de supremacía blanca y capitalismo sureño naciente. Por lo menos no si se quiere que, dentro del contexto de la cultura de la supremacía blanca, ese ejercicio de memoria consiga algo más que la descalificación de los sobrevivientes de esa no libertad. *Beloved* pone en evidencia que las modalidades del terror de la esclavitud (el hecho de que una persona fuera un objeto poseído por otra) no sólo han sobrevivido a la frontera temporal supuestamente estática de 1865 sino que han llegado a su apogeo con las prisiones de

Seguridad y de Máxima Seguridad del complejo industrial carcelario actual<sup>7</sup>. A través de ese nuevo enfoque del texto más analizado de Morrison, lo que quiero afirmar es que las formaciones de la esclavitud han vuelto a surgir de otras formas dentro del contexto de un sistema de muerte en vida y de incapacitación humana (para usar el término de Ruth Wilson Gilmore) que, en el momento en que escribo, retiene dentro de su tumba a más de 2,3 millones de seres humanos y, más específicamente, un sistema penitenciario moderno que encarcela a uno de cada nueve hombres negros entre las edades de veinte y veintinueve en los Estados Unidos<sup>8</sup>.

### La narración de la *neoesclavitud*

<sup>7</sup> La “Security Housing Unit” (Unidad de Habitación de Seguridad) (SHU) se refiere a prisiones o secciones de prisiones en las que los individuos están sometidos a veintitrés horas y media de confinamiento solitario por día en celdas de dos metros por dos y medio, celdas que muchas veces tienen puertas de acero sin ventanas, diseñadas para conseguir una falta total de estímulos sensoriales. Para más bibliografía sobre el uso del aislamiento como castigo ver Dylan Rodríguez, *Forced Passages: Imprisoned Radical Intellectuals and the US Prison Regime* (Pasajes Forzados: intelectuales radicales en prisión y el régimen carcelario de los EEUU), Minneapolis: University of Minnesota Press, 2006, 223-56. Ver también George Jackson, *Soledad Brother: The Prison Letters of George Jackson* (Hermano Soledad: las cartas de prisión de G. J.), Chicago: Lawrence Hill Books, 1994, 233; Melvin Farmer, *The New Slave Ship*, Los Angeles: Milligan Books, 1998.

<sup>8</sup> Mi ensayo está influenciado por el brillante análisis de Ruth Wilson Gilmore en *Golden Gulag: Prisons, Surplus, Crisis and Opposition in Globalizing California* (El Gulag dorado: prisiones, sobrantes, crisis y oposición en la California globalizada), Berkeley: University of California Press, 2007, 30-86, 95-112. Sin embargo, estoy en desacuerdo con el intento que hace Gilmore de refutar el argumento según el cual el complejo industrial carcelario (PIC por sus siglas en inglés) representa una extensión y una reconfiguración de la esclavitud. Para

ella, el hecho de que la mayoría de los que están enterrados en el sistema penitenciario moderno no esté produciendo nada para las corporaciones hace que el “argumento (a favor de) la idea de neoesclavitud” sea insuficiente (20-21). Sin embargo, yo leo la forma en que se almacena masivamente a seres humanos en el PIC como una analogía directa de la forma en que se transportaba a seres humanos durante la esclavitud: como si fueran una carga de productos en un mercado. El hecho de que los que están sujetos a la muerte civil en las prisiones no estén realizando ningún trabajo para el mercado abierto –por lo menos no a gran escala– no disminuye la realidad de que sirven como materia prima literal o “commodities” humanos de una industria multimillonaria del castigo. Por lo tanto, el objeto de la commodificación de seres humanos en la neoesclavitud de hoy en día no es el *trabajo* del nuevo esclavo sino su  *cuerpo*  almacenado y el nexo de beneficios que resulta de su alienación y de su muerte civil y muerte en vida. Como explica Steven Dozinger, las compañías “que sirven al sistema de justicia criminal necesitan suficiente cantidad de materia prima para garantizar un crecimiento de la industria a largo plazo... En el campo de la justicia criminal,  *la materia prima son los prisioneros*  y la industria hará todo lo necesario para garantizar un suministro constante”. Angela Y. Davis, *Are Prisons Obsolete* (Son obsoletas las prisiones) Nueva York: Seven Stories Press, 2003. 94.

Muchas veces, las discusiones críticas de *Beloved* describen a la novela como “neoslave narrative”, (en relación con las “slave narratives”, narraciones de esclavos fugitivos del siglo XIX). Esa designación señala un modo narrativo africano estadounidense de retrospectiva, para oponerlo a otros escritores negros contemporáneos como Margaret Walker, Gayl Jones y Ernest Gaines que han ofrecido revisiones de la violencia y dominación del mercado trasatlántico de esclavos a través de la lente del momento histórico posterior a la esclavitud. En este artículo, yo voy a oponerme a esa concepción de la temporalidad y la historicidad con respecto a la novela más aclamada de Morrison y a la historia estadounidense en general. Lo hago porque leo el libro no como una neo narración sobre la esclavitud sino más bien como una “narración sobre la neoesclavitud”. Las experiencias de prisioneros como *Beloved*, *Sethe*, Paul D (y la madre de *Sethe*, que muere linchada en un barco esclavista) ponen de relieve la forma en que, para los africanos y los descendientes de africanos, la prisión moderna no empezó con el panóptico de Jeremy Bentham, la cárcel de la calle Walnut o el sistema Auburn, sino con los barracones, las cadenas, los barcos esclavistas y los “corrales” de esclavos del Pasaje del Medio. Como afirma Dylan Rodríguez:

Una genealogía del régimen contemporáneo de prisiones despierta tanto la memoria histórica como la lógica sociopolítica del Pasaje del Medio. La prisión ha conseguido formar un continuo espacial y temporal terriblemente similar al del Pasaje entre las

nociones social y biológica de la vida y la muerte; la libertad cívica liberal, banal y la no libertad totalizadora; la comunidad y la alienación; la agencia y la liquidación; lo “humano” y lo subhumano/nohumano. En una reconstrucción de la lógica constitutiva del Pasaje del Medio, el régimen reinventado de prisiones está articulando y dando valor a un compromiso a favor de la inmovilización eficiente y efectiva del cuerpo dentro de la dominación masiva y ontológica de los seres humanos<sup>9</sup>.

En *Beloved*, la relación transaccional entre los espacios carcelarios situados en lados opuestos de la frontera temporal de 1865 deja al descubierto un modo radical de teorización contrahistórica radical dentro del texto de Morrison. Es decir, si se tiene en cuenta la forma en que la novela compartimenta y separa y subvierte la temporalidad lineal, el rol central de los espacios carcelarios subraya el rol de la novela como un intento de reorientación narrativa de lo penal occidental mediante una línea de tiempo no diacrónica, negra, relacionada con la diáspora o, para decirlo con mayor corrección, una circularidad temporal alrededor de la cual vuelven a salir a la superficie modalidades de terror obsoleto o premoderno, junto con la niña fantasma supuestamente muerta.

Como señaló Robert Broad, *Beloved*, la muerta fantasma, representa el regreso no sólo del bebé “que ya gateaba”, la hija de *Sethe*, sino también de todos los que murieron asesinados como resultado directo del entierro que sufrieron en las tumbas de las bodegas de los barcos esclavistas durante el

<sup>9</sup> Rodríguez, *Forced Passages*, 239

Pasaje del Medio, los “60 millones o más” a los que se refiere el epígrafe de la novela<sup>10</sup>. *Beloved* hace referencia a su horripilante experiencia transatlántica en un interludio de fluir de la conciencia que aparece ya bastante avanzado el texto:

Todo eso es ahora es siempre ahora nunca habrá un tiempo en el que no estoy en cuclillas y mirando a otros que están en cuclillas también estoy siempre en cuclillas el hombre sobre mi cara está muerto su cara no es mía (...) algunos se comen horrible a ellos mismos (...) de noche no veo al muerto sobre mi cara... las ratitas no esperan que nosotros nos durmamos alguien está golpeando con los brazos a su alrededor pero no hay espacio para hacerlo si tuviéramos más para tomar podríamos fabricar lágrimas (...) todos estamos tratando de dejar nuestros cuerpos atrás (...) en el principio podíamos vomitar ahora no ahora no podemos (...) alguien está temblando (...) está peleando con fuerza para dejar atrás su cuerpo que es un pajarito que tiembla no hay lugar para temblar así que no puede morirse (...) los que pueden morirse están en una pila<sup>11</sup>.

Comparemos el testimonio de *Beloved* con el del Reverendo John Newton que, en 1788, después de haber visto ciertas condiciones en las naves esclavistas europeas, describe los espacios en los que se acomodaba y arrumbaba a los cautivos:

a veces más de cinco pies de alto y a veces menos; y esa altura está dividida en el medio

para que los esclavos estén acostados en dos filas (sobre plataformas) una sobre la otra, sobre los dos lados del barco, muy cerca uno del otro, como libros en un estante. Los vi tan cerca que el estante ya no podía contener otro, no con facilidad.

Las pobres criaturas, así, apretadas, se la pasan en cadenas la mayor parte del tiempo y eso hace que sea difícil para ellos darse vuelta o moverse o tratar de levantarse o recostarse sin lastimarse unos a otros. Todas las mañanas (...) *y eso era más frecuente que lo contrario, los vivos y los muertos están unidos unos a los otros*<sup>12</sup>.

Los dos testimonios describen una filosofía occidental del encarcelamiento utilizado desde el comienzo del período hasta el siglo XIX en las naves esclavistas, un sistema conocido como “tight-packing” (empaquetado apretado). La teleología de este sistema masivo de aprisionamiento maximizaba los beneficios del mercado de commodities humanos tratando de utilizar cada centímetro del espacio disponible. En el barco esclavista, los cuerpos de los prisioneros se apretaban unos contra otros horizontalmente y se almacenaban unos sobre otros verticalmente de modo que los hombres, mujeres y niños quedaban inmovilizados y muchas veces les era imposible sentarse o cambiar de posición. Los que estaban enterrados en la tumba de la bodega del barco se veían obligados a quedarse acostados sobre sus propios excrementos durante todo el viaje a través del

<sup>10</sup> Robert Broad, “Giving Blood to the Scraps, Haints, History and Hosea in *Beloved*”, en *African American Review*, 28.2 (verano, 1994): 189-97.

<sup>11</sup> Toni Morrison, *Beloved*. Nueva York: Pluma, 1987, 210-11, el énfasis es mío.

<sup>12</sup> Daniel Manis, *Black Cargoes, A History of the Atlantic Slave Trade*, Nueva York: Viking, 1962, 106, el énfasis es mío.

Atlántico. Esos métodos de cálculo bioarquitectónico están muy claros en el terrible dibujo del esclavista de Liverpool *Brookes*, un dibujo muy conocido. Los diagramas de 451 figuras negras colocadas en “cucharita” en las plataformas y gradas de las bodegas del barco, tres menos que el número máximo permitido por ley para un barco de ese tamaño en 1788. Esa ubicación de la carga humana, como si los cuerpos fueran sardinas, daba a cada hombre un espacio de 1,8 metros de largo por 40 centímetros de ancho por 60 centímetros de alto; a cada mujer 1,5 metros por 25 centímetros por 40 de ancho; 1,50 por 35 centímetros para cada niño y 1,2 metro por 15 centímetros para cada niña. El hecho de que el *Brookes* llevara 609 prisioneros (155 más que su capacidad aceptada) a través del Atlántico antes de que se aprobara la ley de limitación de número de esclavos en 1788 es un ejemplo de las técnicas espaciales que deshumanizaban a los prisioneros, técnicas por las cuales las primeras prisiones racializadas de la primera modernidad produjeron muertes biológicas masivas de proporciones semejantes a las de un genocidio<sup>13</sup>. Entre 15 y 20 por ciento de los que empezaban el “pasaje” en los barracones y corrales de África morían antes de llegar a América, número que llegó a por lo menos 12 millones de muertes prematuras<sup>14</sup>.

Para mi análisis, sin embargo, es importante que se reconozca que la incidencia de la muerte biológica en los barracones, bodegas, fábricas de esclavos y corrales del Pasaje del Medio no es una medida completa del trato abyecto y genocida de las prisiones de la primera modernidad<sup>15</sup>. Que tanto Beloved como el doctor Newton afirmen que los vivos y los muertos se apilaban unos sobre otros y estaban unidos por cadenas en las bodegas de los barcos negreros es un testimonio gráfico de la forma en que el asesinato de esclavos africanos involucraba mucho más que el asesinato biológico, la toma directa de la vida de otro. Dicho en palabras simples: el Atlántico Negro y el genocidio, captura y esclavización masivo de negros en el Nuevo Mundo se produjeron y *se producen* hoy en día tanto a través de la reproducción en masa de la *muerte en vida* como a través de la producción de cuerpos biológicamente muertos. Aquí podemos pensar en la importancia radical del único monólogo de Sethe en el cual ella explica las razones nunca confesadas en voz alta de su acto de infanticidio, aparentemente tan cercano a la locura: “*Si yo no la hubiera matado, ella habría muerto* y eso era algo que yo no podía

<sup>13</sup> Ídem, 106-7.

<sup>14</sup> Joseph Inikori y Stanley Engerman, editores, *The Atlantic Slave Trade: Effects on Economies, Societies and Peoples in Africa, América and Europe* (El comercio esclavista del Atlántico: efectos sobre la economía, las sociedades y los pueblos de África, América y Europa), Durham, N. C: Duke University Press, 1992; Walter Rodney, *How Europe Underdeveloped Africa* (Cómo Europa convirtió a África en un continente subdesarrollado), Washington D. C.: Howard University, 1982; Saidiya Hartman, *Scenes of Subjection: Race,*

*Terror and Self-Making in Nineteenth Century America* (Escenas de dominación: raza, terror y construcción del yo en los EEUU del siglo XIX), Oxford: Oxford University Press, 1997, 225; Stephanie Smallwood, *Saltwater Slavery: A Middle Passage from Africa to American Diaspora* (Esclavitud en agua salada: Un Pasaje del Medio desde África a la diáspora estadounidense), Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2007, 150-51; Rodríguez, *Forced Passages*, 233.

<sup>15</sup> Ver también Rodríguez, *Forced Passages*, 234-37.

tolerar”<sup>16</sup>. Si tomamos la muerte en vida como un aspecto fundamental del Pasaje del Medio y el encarcelamiento en las plantaciones, el número de asesinados por el comercio de esclavos llega muy cerca de la cuenta de muertes de “60 millones y más”, es decir, el epígrafe de *Beloved*, que da un número aparentemente erróneo. Como veremos más adelante, 60 millones y más es una cuenta mucho más exacta si consideramos la forma en que las bajas de muerte (en vida) de la esclavitud continúan sucediendo mucho más allá del límite temporal de la Emancipación en 1865. La inclusión de la categoría de “muerte en vida” dentro de las técnicas del estado y las corporaciones nos permite analizar las formas en las que la versión moderna y actual del depósito de seres humanos –es decir, el sistema penitenciario—representa una extensión y no una antítesis del genocidio del Pasaje del Medio. Como dice Colin (o Joan) Dayan con respecto a las relaciones entre las posiciones de esclavo y criminal: “La muerte tiene muchas formas, incluyendo una pérdida de estatus más allá de la cual la vida deja de ser políticamente relevante”<sup>17</sup>.

La pérdida de estatus que acompaña el enterramiento en masa y la alienación con respecto a la tierra y la cultura natales que se ejerce sobre el cautivo trasatlántico se llevaron a cabo en el nivel ideológico y ontológico a través del cuestionamiento del

derecho que pudieran tener los esclavos a ser miembros de la comunidad humana<sup>18</sup>. En otras palabras, si se puede proyectar al cautivo como inhumano o subhumano, entonces la *deshumanización* se vacía de valor semántico y la forma en que se lesiona a los negros no tiene valor<sup>19</sup>. Sylvia Wynter usa el término *idealismo biológico* para describir el sistema ideológico que transmutó a la humanidad africana en casi-bestialidad y a la persona negra en objeto. Para ella, se consiguió que el “nigger” (negro de mierda) representara “el último grado cero de una naturaleza humana supuestamente *primaria* cuya diferenciación de una bestialidad cercana a la superficie era peligrosamente imprecisa e incierta, tan incierta como para que se pudiera poner un signo de pregunta al lado de la condición de humanidad de esa categoría de grado cero”<sup>20</sup>. Las referencias repetidas a la forma en que se arrancaba a los hombres negros su masculinidad y su femineidad a las mujeres –a eso se refieren Sethe, Paul D y los otros “hombres de Dulce Hogar”; “tú tienes dos piernas, no cuatro patas”; “yo tenía un freno en la boca”—representan la reintroducción de la construcción ideológica de la sub-humanidad negra en el momento histórico posterior a la esclavitud. Esos procesos de marca discursiva (por lo cuales, se marca a los negros como se marca al ganado) empiezan con la esclavitud

<sup>16</sup> Morrison, *Beloved*. 200, el énfasis es mío.

<sup>17</sup> Colin (aka Joan) Dayan, “Legal Slaves and Civil Bodies” (Esclavos legales y cuerpos civiles) en *Materializing Democracy* (Materializar la democracia), editores Russ Castronovo y Dana Nelson, Durham N. C. : Duke University Press, 2002, 69.

<sup>18</sup> Rodríguez, *Forced Passages*, 233-7. Ver también Sylvia Wynter, “On Disenchanted Discourse: “Minority” Literary Criticism and Beyond” (Sobre el discurso del desencanto: crítica literaria de “minorías” y

más allá) en *The Nature and Context of Minority Discourse* (La naturaleza y contexto del discurso de minorías), editores Abdul JanMohamed y David Lloyd, 439-48, Oxford: Oxford University Press, 1990.

<sup>19</sup> Hartman, *Scenes of Subjection*, 17-48.

<sup>20</sup> Wynter, “On Disenchanted Discourse”, 446.47; ver también Cedric Robinson, *Black Marxism: The Making of the Black Radical Tradition* (Marxismo negro: cómo se construyó la tradición radical negra), Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2000.

y se inauguran específicamente con la marca de hierro a los cuerpos, la violación y la carga de seres humanos en el barco esclavista. Por lo tanto, el reino de la ideología –ese forjar la negritud como una antropología del déficit metafísico<sup>21</sup>—fue un arma en la producción de la muerte en vida y la muerte social en masa tanto como los látigos, las cadenas y las pistolas<sup>22</sup>.

En una entrega de una serie de narraciones epistolares entre 1795 y 1796, George Pinkard, un médico británico, analiza las imbricaciones de la violencia arquitectónica e ideológica cuando trata de borrar o disimular el terror del Pasaje del Medio. Después de insinuar que un grupo de mujeres africanas flirteó con él y con otros turistas blancos en el barco esclavista con “una mirada expresiva... o gesto significativo”, Pinkard intenta racionalizar el terror del barco esclavista de una forma que prefigura los romances de plantación de fines del siglo xix y principios del xx en la cultura literaria y popular de los Estados Unidos.

Las literas en que dormían eran tablas desnudas. Divididos en dos grupos muy apretados, reposaban, durante la noche, sobre las planchas desnudas, los machos sobre la cubierta principal, las hembras sobre la cubierta de la cabina de popa. Durante el día, estaban sobre todo en la cubierta abierta, donde se les hacía ejercitarse y la música de su amado banjor (sic) los alentaba *a bailar y a la alegría*. Nosotros los veíamos bailar y los oíamos cantar. En la danza apenas si movían

los pies, pero estiraban los brazos y se retorcían y movían sus cuerpos en una multitud de actitudes asquerosas e indecentes. La canción era un alarido salvaje y desatado, vacío de toda suavidad y armonía, y cantaban en voz muy alta y monótona.

La comida es sobre todo arroz que preparan de una manera muy simple: lo hierven. Cuando llega la hora de comer, se ponen en cuclillas alrededor del bol en grandes cuerpos, sobre los talones y las caderas, muchos de ellos empleados en golpear el arroz para sacarle la cáscara roja, cosa que hacían golpeando el grano en morteros de madera... Eso parecía un trabajo de alegría. *Golpeaban al ritmo del canto y parecían felices, pero ninguna industria marcaba su tarea*, porque el golpe se realizaba con indolencia: con indolencia levantaban la mano del mortero y la dejaban caer por su propio peso<sup>23</sup>.

Aquí la marca física que recibían los esclavos después de su secuestro en el fuerte y el barco esclavista es paralela a la marca epistémica que los construye como seres parecidos a animales, infantiles y haraganes; como tales, estos antepasados de los “negritos” de la plantación son incapaces de sentir el dolor del cautiverio, de reconocer la enormidad de la forma en que les han arrancado todo, y de realizar trabajo industrioso sin la espuela del castigo. Para esos seres humanos marcados como “monos” salvajes, el terror y la desaparición colectiva son una ocasión de jovialidad, alegría y canción. Como en el testimonio de un cautivo de una cadena de

<sup>21</sup> Sylvia Wynter, conferencia en el congreso “The State and Soul of Jamaica” (El Estado y el alma de Jamaica) en la Universidad de California en Berkeley, 31 de marzo, 1993.

<sup>22</sup> Hartman, *Scenes of Sujection*, 17-48.

<sup>23</sup> George Frances Dow, *Slave Ships and Slaving* (Barcos esclavistas y esclavitud), Cambridge, Md: Cornell Maritime Press, 1968, xix, énfasis agregado.

presos moderna, lo que falta en el relato es que esa “alegría” de parte de los prisioneros del barco esclavista solamente es posible a través de la amenaza del terror físico o la aplicación de ese terror. Por otra parte, como sugiere Saidiya Hartman, lo que está en juego para el defensor de la esclavitud cuando actúa como espectador del sufrimiento negro no es la veracidad con respecto a la experiencia de los esclavizados sino la transmutación del sufrimiento negro en una representación de alegría infantil: “Los términos de esa negación son algo como: No, el esclavo no está sufriendo. El dolor no es realmente dolor para el esclavizado por su sensibilidad limitada, su tendencia a olvidar y su facilidad para recibir consuelo por su pena. Por último el esclavo es feliz y (...) su felicidad excede la nuestra (...) la revulsión y horror iniciales inducidos por la visión de los cuerpos encadenados y atados desaparecen reemplazados por esas afirmaciones sobre el placer de los negros”<sup>24</sup>.

Ya sea a través de esas representaciones de la falta de sensibilidad negra frente al dolor o a través de la puesta en acto del terror colectivo, el barco esclavista simbolizaba la forma en la cual la alienación de la tierra y la cultura natales, la separación completa del esclavo, arrancado de líneas de parentesco y modos de vida sociocultural, catalizaba una muerte en vida, el grado cero que precedió a la configuración penal de la primera modernidad, una configuración que convirtió al Atlántico es una geografía *necropolítica* (para usar el término de Achille Mbembe),

una muerte/prisión oceánica, dentro de la cual la frontera que separa la vida de la muerte se volvió virtualmente indescifrable<sup>25</sup>.

La presencia de Beloved en la novela de Morrison adquiere un nuevo sentido si se presta atención a la forma en que su estado de no muerte o de muerto que vive representa lo contrario de la condición de muerte en vida que sufren los prisioneros del Pasaje del Medio. El recuerdo que tiene Beloved de la prisión trasatlántica nos da el primer ejemplo de la forma en que los espacios inanimados pueden adquirir una agencia devastadora a través de asimetrías radicales de poder. En el caso del barco esclavista, se produjo una transferencia de subjetividad en la cual una arquitectura inanimada adquirió una “vida propia” y desvió para siempre la vida de los cautivos. En el monólogo de Beloved, vemos cómo las condiciones de hacinamiento del barco esclavista tenían un rol determinante en las relaciones sociales, además de ser producto de esas relaciones. En términos de esos efectos violentos y deshumanizadores sobre el cuerpo cautivo, el barco esclavista, ese barco prisión, llevaba lo que Louis Althusser describiría como una “autonomía relativa en cuanto a la reproducción de las relaciones de dominación”<sup>26</sup>. La agencia poderosa del lugar también está representada por la reacción de Denver cuando se acerca a 124, esa casa que ve como “a una persona más que una estructura. Una persona que lloraba, suspiraba, temblaba y tenía ataques de

<sup>24</sup> Hartman, *Scenes of Subjection*, 36.

<sup>25</sup> Achille Mbembe, “Necropolitics” (Necropolítica), traducción al inglés de Libby Meintjes, *Public Culture* (Cultura pública), 15.1 (2003), 11-40.

<sup>26</sup> Louis Althusser, “Ideology and Ideological State Apparatus (Notes Towards an Investigation)” (Ideología y aparato estatal ideológico (notas para una investigación)), en *Lenin and Philosophy* (Lenin y la Filosofía), Nueva York: Monthly Review Press, 1971.

nervios”<sup>27</sup>. En su recreación narrativa de la bodega del barco esclavista, Morrison muestra un espacio cuya subjetividad y propósito estaban definidos por su poder para inmovilizar, torturar y matar.

En la crítica literaria de la relación entre la memoria personal y la historia colectiva en *Beloved*, se ha descrito muchas veces el hecho de que los personajes vuelvan a vivir la experiencia de la esclavitud en términos estrictamente simbólicos. Según ese enfoque, la presencia del Pasaje del Medio en el texto representa la necesidad que tienen personajes como Sethe y Paul D de volver a visitar los horrores reprimidos del pasado para poder empezar el proceso de posesión de su propio yo, es decir, iniciar el proceso de curación. En el caso de Sethe, la presencia de *Beloved* despierta el recuerdo de una conversación que Sethe tuvo con Nan sobre la violación repetida de su madre en el barco esclavista. En ese enfoque psicológico, la primera línea del monólogo de *Beloved* – “*Todo eso es ahora es siempre ahora nunca habrá un tiempo en el que no estoy en cuclillas y mirando a otros que están en cuclillas también*”—representaría la forma en que el recuerdo de las atrocidades del Pasaje del Medio y, por extensión, las de la plantación “Dulce Hogar” siguen vivas en la psiquis del sujeto negro recién liberado. Aunque la validez de ese argumento es difícil de argumentar, yo quiero sugerir que además es un argumento incompleto. Una mirada más cercana a la relación entre el monólogo de *Beloved* y la escena de la cadena de presos nos pide que examinemos la forma en que Morrison describe el barco esclavista y la

plantación como lugares de la memoria viviente de la diáspora africana, o lo que Sethe describe como “rememoria”. La relación transaccional entre el Atlántico Negro, la plantación y las arquitecturas de las prisiones de las leyes Jim Crow –que cruzan todos los límites del espacio y el tiempo—registra la exactitud de la afirmación teórica de Stephanie Smallwood en cuanto a la falta de límite temporal del Pasaje del Medio: cuando estaban atrapados dentro de las bodegas del barco prisión, era “enormemente difícil para los africanos distinguir con claridad las fases del viaje o anticipar el final de una fase y el comienzo de otra”. La experiencia de Paul D y los 46 negros en un campamento de cadena de presos en Alfred, Georgia, es un registro de la posibilidad de que en realidad, lo que Smallwood describe como “trampa temporal y espacial” del Pasaje del Medio nunca haya terminado: de que, en realidad, sea *siempre ahora*, incluso y sobre todo, después de la Guerra Civil<sup>28</sup>.

En una sección de la novela que ha recibido poca atención crítica (y que también está notoriamente ausente de la adaptación cinematográfica de Jonathan Demme), Paul D cuenta su experiencia después de que Maestro de Escuela lo vende como castigo por su intento de huida de Dulce Hogar. Mientras lo llevan encadenado a través de la frontera entre Kentucky y Virginia con otros diez esclavos, Paul D trata de matar a Brandywine, su nuevo dueño. El intento fracasa y como resultado de ese “crimen” --un intento de lograr la libertad--, lo mandan a un

<sup>27</sup> Morrison, *Beloved*, 29.

<sup>28</sup> Smallwood, *Saltwater Slavery*, 125, 135.

campamento de cadenas de presos en la Georgia anterior a la Guerra Civil.

Morrison abre ese capítulo con una descripción del método que se utiliza para almacenar a Paul D y a sus cuarenta y seis compañeros.

Las zanjas, los trescientos metros de tierra -- un metro y medio de profundidad, un metro y medio de ancho—en los cuales se habían colocado las cajas de madera. Una puerta de barras que se podía colocar sobre goznes como una jaula se abría hacia el interior de tres paredes y un techo de descartes de madera y barro rojo. Medio metro por encima de la cabeza; un metro de trinchera abierta frente a él y todo lo que se arrastraba y corría invitado a compartir con él *esa tumba que se llamaba a sí misma lugar de alojamiento*<sup>29</sup>.

En Paul D, el trauma de vivir enterrado en el campo de prisioneros, en esa “caja”, se manifiesta físicamente con movimientos incontrolables. El narrador describe el momento en que “empujaron (a D) hacia la caja y dejaron caer la puerta de la jaula, las manos dejaron de aceptar instrucciones. Por su propia voluntad, viajaban. Nada podía detenerlas ni conseguía su atención. No sostenían su pene para que él orinara o una cuchara para comer granos de lima... El milagro de la obediencia volvía a ellas con el martillo, al amanecer”<sup>30</sup>. Es importante hacer notar que la palabra que usa Morrison en este capítulo y en las otras secciones del texto para describir los signos físicos incontrolables de Paul D, inducidos por el trauma de la experiencia del entierro en vida, es *temblar*,

exactamente la misma palabra que usa Beloved repetidamente para describir la condición del compañero cautivo en la tumba bajo el agua, en la bodega del barco esclavista: “*alguien está temblando (...) está peleando con fuerza para dejar atrás su cuerpo que es un pajarito que tiembla no hay lugar para temblar así que no puede morirse (...) los que pueden morirse están en una pila*”. Que Paul D y el anónimo prisionero del barco esclavista tengan una respuesta somática idéntica frente al cautiverio sugiere que los espacios del terror racista poseen tanta fuerza espectral en la novela como la hija fantasma de Sethe: que lo que Morrison describe como la “milagrosa resurrección” de Beloved es coincidente y contingente con la resurrección del modelo carcelario del Pasaje del Medio dentro del presente de los personajes del texto<sup>31</sup>.

Esa nueva comprensión de la relación entre la violencia racial/espacial de época y el resurgimiento ineluctable de los muertos en la novela ofrece un punto alternativo de entrada a la comprensión del significado de los encuentros sexuales de Paul D y Beloved. La mayoría de las visiones críticas de esa relación sexual la han tratado solamente desde la perspectiva de Paul D: sus encuentros físicos con la mujer/niña/fantasma en el galpón donde ella murió asesinada representan el comienzo de su enfrentamiento con los contenidos emocionales de un yo herido que él ha mantenido oculto o reprimido dentro de lo

<sup>29</sup> Morrison, *Beloved*, 106. Énfasis agregado.

<sup>30</sup> Ídem, énfasis agregado.

<sup>31</sup> Ídem, 105, énfasis agregado.

que Morrison describe como “su caja de tabaco”, es decir, su corazón sellado<sup>32</sup>.

Sin embargo, los críticos suelen ignorar un elemento más de este lazo: su significado desde el punto de vista de Beloved. Lo poco que se ha escrito al respecto ha puesto el foco en lo más obvio: su instigación al sexo refleja sus celos con respecto a la intimidad sexual de Paul D con Sethe. Eso sugeriría que Beloved usa el sexo con Paul D como una táctica pragmática, algo que ella sabe que llevará a Paul D a auto exilarse de 124, un lugar en el que, según ella, no hay lugar para un hombre y menos que menos un hombre que, cuando entró por primera vez, la arrastró a ella al exilio que representa para ella la competencia por la atención de Sethe.

Sin embargo, si prestamos atención al pasaje en fluir de la conciencia que hace Beloved –es decir, a la parte del libro que cuenta la experiencia en el barco--, nos damos cuenta de que el sexo con Paul D representa mucho más que un ataque de celos por el amor de Sethe. El hombre al que se describe “temblando”, el hombre que muere apretado contra el cuerpo de Beloved en el barco esclavista, aparece también como objeto de afecto del fantasma y ese sentimiento es resultado del don que tiene ese hombre sin nombre para el canto: “Hay tormentas que nos hamacan y mezclan a los hombres y los meten dentro de las mujeres y a las mujeres dentro de los hombres ahí es cuando empiezo a estar sobre la espalda del hombre... lo amo porque tiene una canción cuando se da vuelta

para morir veo los dientes a través de los que cantó... su canción era suave... su canción ya no está más amo sus lindos dientes los amo en reemplazo de la canción”<sup>33</sup>. Esa descripción nos recuerda que una de las características definitorias de Paul D es su tendencia a romper a cantar las canciones que aprendió como esclavo en la cadena de prisioneros, y que rompe a cantarlas en cualquier momento y tiene una habilidad inexplicable para tocar así los sentimientos y recuerdos de Sethe: “Las emociones llegaban a la superficie a la velocidad del rayo cuando se estaba en su compañía. Las cosas se convertían en lo que eran: lo gris parecía gris; el calor era caliente. Las ventanas tenían vista, de pronto. *Y acaso no sabías que él sería un hombre con canto*”<sup>34</sup>. Desde la perspectiva de Beloved, la voz de Paul D en el canto y sus ataques de temblores incontrolables representan la posibilidad de que el hombre que temblaba/cantaba y que ella había dado por muerto en el barco esclavista se haya reencarnado, de que ella no sea el único pasajero fantasmal, reencarnado, del Pasaje del Medio que se ha materializado en el espacio de la 124. Por lo tanto, el amor físico entre Beloved y Paul D es un intento que hace Beloved de recrear esa *mezcla de hombres y mujeres* que ocurría sobre la nave esclavista, pero de recrearla en algo más cercano a sus propios términos y no a los términos impuestos por el comercio de esclavos. Ella quiere una consumación entre dos cuerpos “vivos” y no la mezcla entre vivos y muertos que ocurría en la bodega. En ese sentido, el rol espectral de Beloved es más que

<sup>32</sup> Ver, por ejemplo, David Lawrence: “Fleshy Ghosts and Ghostly Flesh: The Word and the Body in *Beloved*” (Fantasmas encarnados y cuerpo fantasmal: la palabra y el cuerpo en *Beloved*), en *Toni Morrison Fiction: Contemporary Criticism* (La ficción de Toni Morrison:

crítica contemporánea) editor David Middleton, Nueva York: Garland, 1996, 231-46.

<sup>33</sup> Morrison, *Beloved*, 211-12.

<sup>34</sup> Ídem, 39, énfasis agregado.

la rabia indiscriminada, los celos y la “posesión asesina”: su deseo de una re(uni)ón con Paul D es una expresión de la forma en que los esclavos trataban de acomodar la agencia sexual, la intimidad y el amor en condiciones que estaban muy cerca de la frontera de la muerte. Para mi análisis, la cuestión de la identidad de Paul D, es decir si es o no el hombre que deseaba Beloved en el cruce del Atlántico, es irrelevante. Lo que me preocupa es la forma en que la experiencia de terror que enfrenta D como prisionero de la cadena provoca el tipo de signos somáticos, respuestas emocionales y sonidos musicales que fácilmente podrían reconocerse como emanaciones de la experiencia del barco esclavista (o tomarse por ellas)<sup>35</sup>.

Cuando se discute la recurrencia de algo peligrosamente cercano al barco esclavista en el presente de los personajes del texto, surgen muchas preguntas interesantes. ¿Por qué Morrison elige el campo de prisioneros como lazo primario de conexión con los horrores “pasados” del barco esclavista? ¿Cuál es la función del campo sureño de prisioneros en una novela cuyo centro es el poder impresionante de la plantación esclavista “Dulce hogar” para perseguir a los esclavos como fantasma? La ley lee como crímenes los intentos de Paul D y de Sethe por escapar de la esclavitud, ¿qué dice eso sobre la naturaleza de la libertad de los negros después de la emancipación formal? Y finalmente, las

expresiones de una política de radicalidad herida de parte de seres humanos como Sethe, Paul D y los 46 presos, ¿de qué manera representan las (im)posibilidades de agencia dentro de zonas de no libertad colectiva?

Nuevamente, estoy interesado en la forma en que las experiencias de Paul D y sus 46 compañeros de la cadena y también la dinámica de la prisión racializada revelan hasta qué punto los personajes y acciones de Morrison están perseguidos por sus fantasmas tanto en el futuro como en el pasado<sup>36</sup>. Para decirlo de otra forma, estoy interesado en la forma en que los personajes de Morrison experimentan una temporalidad y una historicidad cíclicas o de ida y vuelta, en las cuales el pasado, el presente y el futuro están en constante interfase. Desde la perspectiva del argumento de la preguerra en la novela, el hecho de que se etiquete a un esclavo fugitivo como *criminal* trasgresor representa una ominosa prefiguración de la marca de los “criminales” negros como *esclavos del estado después* de la Guerra Civil<sup>37</sup>. Por otra parte, Beloved registra la forma en que los actos de terror y la esclavización capitalista racial colectiva han recibido respuestas radicales de parte de los no libres. Y lo seguirán haciendo en el futuro.

<sup>35</sup> Los marcos espaciales y raciales interconectados del barco esclavista, la plantación y la cadena de presos también aparecen registrados por la experiencia de violencia sexual y violación de Paul D y sus compañeros: técnicas centrales de la (neo)esclavitud, el sadismo y el castigo también son centrales en el complejo industrial carcelario de hoy en día.

<sup>36</sup> Ver también Gordon, *Ghostly Matters*.

<sup>37</sup> En *Ruffin vs. Commonwealth* (1871), el juez J. Christian afirmó que como “esclavo del estado”, el condenado a trabajos forzados no tenía derechos protegidos por la Constitución, y por lo tanto era un “civilier mortus”, es decir un “muerto civil”. *Ruffin vs. Commonwealth* 62 VA 790 (1871): 795-96.

## La excepción racial como regla en la ley estadounidense: la resurrección radical de los 46 de Alfred

En uno de los numerosos flash backs de *Beloved*, Paul D recuerda cómo, después del fracaso del intento colectivo de huida que lleva a cabo con Sethe, Halle, Sixo, Paul A y Paul F, Maestro de Escuela le pone un freno de caballo en la boca; después, su nuevo dueño, lo saca de Dulce Hogar arrastrándolo con una soga uno de cuyos extremos está atado al cuello de Paul D y el otro, al carro. Es en ese momento que Paul D ve a “Señor”, el gallo de la plantación, un pájaro que, según la opinión de D, tuvo más libertad para expresar su “masculinidad” que él en Dulce Hogar. D se acuerda de la mirada en la cara de Señor cuando él abandona la plantación: “Entonces vio (...) al gallo, sonriéndole como si dijera *Todavía no viste nada*. ¿Cómo podía saber un gallo sobre Alfred, Georgia?” El presagio en la expresión de Señor se corrobora con el tratamiento que recibe Paul D apenas llega al campo de prisioneros, lo cual está simbolizado por el hecho de que es la experiencia del entierro en vida en Alfred, Georgia, y no su esclavitud en Dulce Hogar, lo que le produce los ataques de temblores. En realidad, la narración alude a los efectos peculiares del campo de prisioneros muy al comienzo del texto, el día anterior a la llegada de Paul D a 124, mucho antes de que se cuente la escena de la cadena de presos: “La caja le había hecho lo que Dulce Hogar no había logrado. Lo había vuelto loco para no perder la cabeza”<sup>38</sup>.

Quiero considerar la posibilidad de que la mirada de conocimiento en los ojos del gallo se refiera a mucho más que a la inminente experiencia de D, su tiempo de terror y deshumanización en Georgia. En la posibilidad de que el “you” de “Todavía no viste nada” tenga además una resonancia colectiva tendida hacia el futuro, hacia la realidad de los negros después de la Emancipación (un “ustedes” en lugar de un “tú”). Cuando se la lee desde el presente de los personajes principales de la novela, y desde nuestro propio contexto presente de complejo industrial carcelario, la mirada de Señor no sólo advierte sobre el encuentro personal de Paul D con la cadena de presos; también es un heraldo del horror colectivo de muchos hombres, mujeres y niños libres que quedaron sujetos a la esclavitud de la prisión y a un terrible estado de sitio y de guerra doméstica posterior a la adquisición de la libertad jurídica. Si se lee en esa luz, el presagio que lee Paul D en la mirada de Señor es un símbolo de una realidad inquietante: la transición de la libertad a la esclavitud no llevó a una disminución de las heridas, la muerte colectiva y el asesinato para muchos ex esclavos, no a una disminución de esos factores. Eso está simbolizado por la correlación clara entre el campo de la cadena de presos anterior a la Guerra Civil en Morrison y los campos de cadenas de presos en la era posterior a la Guerra de Secesión en el Sur.

Para comprender completamente lo que quiero decir con “orientación futura” de *Beloved*, y con el rol del encarcelamiento como forma de reproducir aspectos que vuelven

como fantasmas no enterrados en la novela, debemos identificar primero lo que podemos considerar el uso de *un anacronismo estratégico* en la escena de la cadena de presos. Con ese término (anacronismo estratégico), me refiero a la forma en que Morrison coloca estratégicamente en el contexto del período previo a la Guerra Civil un régimen punitivo que se suele asociar con el fin del siglo xix y la primera mitad del siglo xx. El mecanismo que usan las autoridades del campo de prisioneros de Alfred, Georgia para enterrar vivos a Paul D y sus compañeros --la “caja” que “se parece a una jaula” -- tiene un referente histórico real *posterior* a la guerra: la “jaula” portátil para cadenas de presos o “prisión móvil”, construida en Georgia y distribuida en todos los estados sureños. Tanto las descripciones radicales como los relatos amarillistas del primer apartheid desmienten las afirmaciones que ya citamos sobre la “comodidad” y la “calidad sanitaria” de la prisión móvil, ambas partes de la publicidad de los administradores de las cadenas de presos. En esta cita de *Harper’s Monthly Magazine* de 1933, Walter Wilson ofrece una descripción un poco más exacta:

La jaula de acero (...) montada en un carro, tiene, en general, 5,5 metros de largo, 2,4 metros de ancho y 2,4 metros de ancho con dos o tres líneas de literas en cada jaula. Se trata del dormitorio y la habitación en que viven unos 20 hombres. Como se la puede mover con facilidad según avanza el trabajo, la jaula está especialmente preparada para el trabajo en las rutas, siempre que no se tome en cuenta en el bienestar de los prisioneros.

<sup>39</sup> Walter Wilson, “Chain Gangs and Profit: The Economic Basis of Our American Siberia” (Las cadenas de presos y los beneficios económicos: la base

No es fácil olvidar la visión de las jaulas, que son absolutamente iguales a *jaulas de circos*. Muchas personas salen al portón de su casa para ver y escuchar la procesión de jaulas que crujen y chillan por el camino caliente, polvoriento, arenoso, cargadas de hombres infestados de insectos.

Cuando llueve, se deja caer un pedazo de lona sobre las paredes de la jaula para que no entre el agua; eso también impide la ventilación y la entrada de la luz. Un balde bajo un agujero en el suelo es el baño. Un olor espantoso sale de ese balde (...) Los domingos, los feriados y de noche, los hombres quedan encerrados en las jaulas. *Se pasa una larga cadena a través de los grilletes en las piernas de los prisioneros*—grilletes siempre bien remachados por el herrero. De esa forma todos los prisioneros están unidos a una sola cadena y solamente se pueden soltar si un guardia abre la cadena. Obviamente, eso tiene sus ventajas: se necesitan menos guardias para vigilar a los prisioneros encadenados en una jaula de acero y así se ahorra dinero<sup>39</sup>.

Esta versión portátil y no subterránea de la caja de Morrison tenía aproximadamente entre 5,5 y 6 metros de largo, entre 2,1 y 2,4 de ancho y estaba diseñada para contener de 12 a 24 hombres o chicos. Para meter tantos prisioneros en tan pequeño espacio, la “jaula” consistía en dos secciones paralelas de literas en tres niveles con un sendero de acceso que corría por el centro y un agujero cortado en el medio de ese sendero, a través del cual los prisioneros se veían forzados a orinar y defecar dentro de un balde colocado bajo el

económica de nuestra Siberia estadounidense), en *Harper’s*, abril, 1933, 539-40 (énfasis agregado).

suelo. La estructura exterior de las jaulas era una reja de barras metálicas o de madera que dejaba la cadena de presos abierta a la inspección de los guardias del campo y el público; o en su defecto cuatro paredes de madera sin ventanas<sup>40</sup>. Esa última versión de la jaula rodante dejaba a los prisioneros sin ninguna visión del mundo exterior y les permitía solamente una dosis minúscula de aire respirable, que pasaba a través de una ranura que corría sobre la estructura<sup>41</sup>. Como en el caso del barco esclavista, la jaula móvil inmovilizaba a sus prisioneros encadenados de tal modo que les era imposible sentarse.

Como Paul D y sus 46 compañeros antes de la Guerra Civil, los negros libres arrestados e internados en campos para cadenas de presos por “crímenes” menores como vagancia, ruptura de contrato, latrocinio, holgazanería, molestia pública, borrachera y apuestas enfrentaban circunstancias que estaban en la frontera y más allá de lo que Giorgio Agamben describe como *conditio inhumana*<sup>42</sup>. Para Agamben, las horripilantes condiciones de los campos de concentración nazis fueron resultado de un “estado de excepción”, una situación política extrema en la que el soberano o estado ejecutivo suspende los derechos constitucionales y la regla de la ley para “proteger” al estado contra un supuesto enemigo. La declaración de excepción con respecto a los judíos, los gitanos, los homosexuales, los comunistas y otros que

quedaron etiquetados como “enemigos internos y externos del estado” tuvo como consecuencia el campo nazi de concentración, un espacio en el que la “vida” humana se convertía en una aproximación a la muerte. Como explica Agamben, “como (los prisioneros del campo) carecían de todos los derechos y expectativas que suelen atribuirse a la existencia humana pero biológicamente estaban vivos, quedaron situados en una zona límite entre la vida y la muerte”<sup>43</sup>. Agrega que esas condiciones de muerte en vida, junto con el asesinato en serie dentro de los campos, representaron la aplicación de lo que él llama “tanapolítica”, en la que el poder del estado moderno (en este caso el Estado nazi) tiene más que ver con el poder de matar que con la administración micro y la imposición de disciplina a los vivos. En esa línea, una función esencial de la soberanía del Estado en la era moderna tiene que ver con el diseño de un enemigo tan difamado que representa una “vida que puede eliminarse sin cometer homicidio”<sup>44</sup>. Para Agamben, el campo de muerte o de concentración es el símbolo último de la excepción, cuyo lugar en la ley (o fuera de ella) lo distingue claramente de lo que Foucault describe como “la prisión moderna”. Agamben insiste en que la excepción está ejemplificada en el “campo y no en la prisión”. Dice que “la ley de la prisión constituye una esfera particular de ley penal y no está fuera del orden normal; la constelación jurídica que guía al campo (...) es la ley

<sup>40</sup> Para una documentación fotográfica de la jaula para cadenas de presos y otros aspectos de la esclavitud de la prisión, ver la novela amarillista de John Spivak *Georgia Nigger* (Negro en Georgia) (1932; Montclair, Nueva Jersey: Patterson Smith, 1969, reproducida). Ver también W. E. Du Bois, *Black Reconstruction in America: 1860-1880* (Reconstrucción negra en los EEUU). Nueva York: Antheum, 1992, 698.

<sup>41</sup> Ver Du Bois, 698 y Spivak.

<sup>42</sup> Giorgio Agamben, *Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life* (Homo Sacer: poder soberano y vida desnuda), traducción al inglés: Daniel Heller-Roazen, Stanford, California: Stanford University Press, 1998, 166.

<sup>43</sup> Ídem, 159.

<sup>44</sup> Ídem.

marcial y el estado de sitio. Esa es la razón por la cual no es posible inscribir el análisis del campo de concentración en el camino abierto por las obras de Foucault<sup>45</sup>.

En *Beloved*, el retrato que hace Morrison de lo carcelario según un eje temporal e histórico de la diáspora negra borra cualquier distinción clara entre las condiciones excepcionales del campo de concentración y las varias formaciones de encarcelamiento a las que se ha sometido, en América, a los cautivos negros y del Tercer Mundo desde el período colonial hasta el presente<sup>46</sup>. Un problema muy importante de la comparación que hace Agamben entre “el campo” y “la prisión” está relacionada más con la historiografía que con la metodología que él utiliza. Agamben confía en la historia de la prisión que hace Michel Foucault, una historia que se las arregla para pintar una descripción detallada de los regímenes carcelarios de Occidente desde el feudalismo a la modernidad sin ofrecer siquiera una referencia pasajera a la forma en que esta visión panorámica se ve modificada por la esclavitud y el colonialismo: los espacios de la prisión como los barracones, el barco esclavista, la plantación, el corral de esclavos y el campo de cadenas de presos no se cuentan como nodos del “archipiélago carcelario” occidental, como lo llama Foucault. Esas omisiones impactantes revelan la forma en que la polaridad feudalismo-

modernidad descrita en *Vigilar y castigar* depende de una indiferencia completa hacia la centralidad de la esclavitud y el colonialismo en la producción de las formaciones carcelarias occidentales y en el despliegue de la modernidad occidental como un todo. Morrison centra el Pasaje del Medio y la plantación como lugares primarios, esenciales, de las fuerzas del castigo racializado y eso nos obliga a reevaluar de qué hablamos cuando hablamos de “prisión”. La escritora revela cómo el barco esclavista y la plantación operaron como plantillas espaciales, raciales y económicas para los modelos subsecuentes de trabajos forzados y depósito de seres humanos, el original complejo industrial carcelario estadounidense. Las experiencias de los personajes de Morrison simbolizan el grado en el cual, desde la esclavitud hasta la neoesclavitud, la vigilancia, el encarcelamiento y el castigo colectivos han convertido a la *vida normal* en equivalente a un estado de sitio o una guerra abierta para aquellos marcados como extranjeros internos o enemigos naturales del Estado sobre la base de la construcción social de la raza<sup>47</sup>.

El análisis de la funcionalidad integral de la supremacía blanca en relación con los modos carcelarios estadounidenses en particular y la violencia masiva occidental en general, deja en cortocircuito la afirmación histórica del proyecto de Foucault: me refiero a la idea

<sup>45</sup> Ídem, 20, énfasis agregado.

<sup>46</sup> Aimé Césaire, *Discourse on Colonialism* (Discurso sobre el colonialismo), traducción al inglés de Joan Pinkham, Londres: Monthly Review Press, 1972; Frantz Fanon, *The Wretched of the Earth* (Los desdichados de la Tierra), Nueva York: Grove Press, 1991; Ward Churchill, *A Little Matter of Genocide: Holocaust Denial in the Americas, 1492 to the Present* (Esa pequeña

cuestión del genocidio: negación del holocausto en América, 1492 al presente). San Francisco: City Lights, 1997; Hannah Arendt, *The Origin of Totalitarianism* (El origen del totalitarismo), Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1973; Achille Mbembe, “Necropolitics” (Necropolítica).

<sup>47</sup> Mbembe, “Necropolitics”, 17, 23.

según la cual, con la transición del feudalismo a la modernidad, el castigo se volvió menos público y físicamente represivo y más fuerte en lo psicológico, más refinado y más “administrativamente decente”<sup>48</sup>. Ese punto ciego histórico y teórico explica la afirmación errónea de Foucault según la cual la cadena de presos dejó de usarse como institución de castigo a principios del siglo xviii, que es el momento en que dejó de usarse en Francia. Ese es un error historiográfico irónico, considerando que la forma más represiva que tomó ese sistema en los Estados Unidos operaría hasta bien entrado el siglo xx, es decir hasta unas dos décadas antes de la publicación de *Vigilar y castigar*<sup>49</sup>. Aunque no podemos negar la importancia teórica del análisis de Foucault con respecto a los regímenes disciplinarios modernos, la experiencia de los africanos, los pueblos originarios y otros grupos colonizados y esclavizados dentro de los lugares del imperialismo occidental desmiente cualquier separación categórica entre los métodos modernos y premodernos de violencia y control social<sup>50</sup>. Nuevamente, no se puede medir la necropolítica y el estado de excepción (legal) en espacios como la bodega del barco esclavista, la plantación esclavista y el campo portátil de cadenas de presos solamente mediante estadísticas de muerte biológica aunque, como señala David

Oshinsky, las cifras de la muerte biológica en el caso de los campos de prisioneros de la post guerra van del 10 al 40 por ciento<sup>51</sup>. Para personas como Paul D y sus referentes en la vida real, las condiciones de terror y las situaciones de humillación abyecta en la neoesclavitud hacen que la vida sea equivalente a una muerte en vida. Limitar nuestra concepción de la necropolítica o tanapolítica a las cifras de muerte biológica es negar el alcance genocida de la soberanía imperialista en sus metodologías proteicas de la muerte.

La temporalidad extraña, radical, que impone Morrison a la narración de la neoesclavitud está registrada sobre todo en la forma en que se expone la capacidad de la prisión racializada para pervertir el tiempo. Por lo tanto, su verdadera medida no puede comprenderse sin tener en vista los modos de resistencia, que funcionan como repeticiones de la rebelión en el viaje trasatlántico y en la plantación. En un momento que recuerda la naturaleza peligrosa y tenue de la rebelión colectiva durante la esclavitud institucionalizada, los “46 de Alfred” consiguen salir de su entierro en vida. Mientras las aguas de una tormenta torrencial llenan la trinchera barroca en la que los entierran constantemente, el grupo de 46 presos actúa en masa para liberarse tirando

<sup>48</sup> Michel Foucault. *Discipline and Punish* (Vigilar y castigar), traducción al inglés de Alan Sheridan, Nueva York: Vintage Books, 1979, 263.

<sup>49</sup> Ídem, 263-4.

<sup>50</sup> Joy James, *Resisting State Violence: Radicalism, Gender and Race in US Culture* (Resistencia contra la violencia de estado: radicalismo, género y raza en la cultura estadounidense), Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996, 24-29; Hartman, *Scenes of Subjection*, 138.

<sup>51</sup> Oshinsky agrega que, en 1882, “de cada 735 convictos negros del Estado morían 126, y en cambio entre los blancos, morían 2 de cada 83. Ni siquiera uno de los muchos convictos arrendados en las cadenas de presos vivió lo suficiente como para cumplir una sentencia de diez años o más”; en 1870, los funcionarios de Alabama “informaron que más del 40 por ciento de sus convictos había muerto, y eso hizo que un médico advirtiera que si esa tendencia continuaba, toda la población carcelaria desaparecería en tres años”. Oshinsky, “*Worse than Slavery*”, 46, 79.

de “la larga cadena” que los retenía en la jaula subterránea: “Hablaban a través de la cadena como Sam Morse y... todos salieron. Como muertos sin mortaja, zombies liberados, con los hierros en las manos, confiaron en la lluvia y en la oscuridad, sí, pero sobre todo... unos en otros”<sup>52</sup>.

Morrison describe a los hombres recién liberados como “zombies” y esa descripción registra tanto las capacidades paradójicas de agencia y acción colectiva de parte de los que se enfrentan a las formas más abyectas de dominación como la forma en que –dentro del contexto de una dominación continuada y colectiva—el “éxito” de tales actos de rebelión no termina de romper claramente la situación de no libertad. En realidad, como deja bien en claro la *arwhoolie* o canción de trabajo que los 46 hombres cantan antes de la huida<sup>53</sup>, la historia de la resistencia de los negros a las formaciones del terror de las prisiones en la diáspora tiene mucho que ver con el reclamo del poder necesario para contar la propia historia de servidumbre y con una inversión milagrosa de la dinámica de poder. Durante la canción, los hombres se imaginan que golpean hasta convertir en una masa a sus jefes mientras hacen sonar su estado de muerte en vida en la canción: “Más que el resto, mataban a la coqueta que llaman Vida por arrastrarlos hacia delante. Por hacerles creer que el próximo amanecer valdría la pena; que otra pincelada de tiempo lo

conseguiría por fin”<sup>54</sup>. El nuevo arresto y esclavización de Paul D en Delaware por parte de una compañía llamada “Banco y Ferrocarril Punto Norte” muy poco tiempo después de su huida de la cadena de presos resalta la tenacidad de las formaciones de la (neo)esclavitud, incluso para aquellos que llegan a puntos que están geográficamente al Norte de la línea Mason-Dixon.

La enormidad del genocidio carcelario racializado en los EEUU y su constante acumulación dentro de nuestra época tanto en el nivel doméstico como en el global hace imposible cualquier tipo de resistencia prolija o triunfante. En su exhumación literaria de la caja de la cadena de presos, enterrada en el barro de Georgia (y en el polvo de la historia burguesa liberal), Morrison hace sonar nuevamente la advertencia de Amílcar Cabral a los luchadores globales de la libertad: su pedido de que no reclamaran “victorias fáciles”<sup>55</sup>. Para aquellos que, hoy, en el momento en que escribo, siguen luchando contra las configuraciones modernas del barco esclavista y la caja para albergar cadenas de presos, en muchas ocasiones, eso que Saidiya Hartman define como “acción reparadora” solo puede colocarse en el nivel de la habilidad del cautivo para ofrecer una verdad alternativa de lo que lo llevó al cautiverio: una des-marginalización de

<sup>52</sup> Morrison, *Beloved*, 110, énfasis agregado.

<sup>53</sup> Para un análisis del *arwhoolie*, ver Sterling Brown, “Folk Literature” (Literatura del pueblo), 1941, en *A Son's Return: Selected Essays of Sterling A. Brown* (El regreso de un hijo: ensayos seleccionados de Sterling A. Brown), editado por Mark A. Sanders, Boston: Northeastern University Press, 1996, 221-22; y Amiri

Baraka (Leroi Jones), *Blues People* (Gente del blues), Nueva York: Morrow Quill, 1963, 67-68.

<sup>54</sup> Morrison, *Beloved*, 109.

<sup>55</sup> Amílcar Cabral, “Tell No Lies, Claim no Easy Victories” (No digan mentiras, no reclamen victorias fáciles) en *Revolution in Guinea: Selected Texts* (Revolución en Guinea, textos seleccionados), Nueva York: Monthly Review Press, 1972, 86.

historias descalificadas<sup>56</sup>. La recuperación y el desentierro narrativos de la caja de la cadena de presos muestra cómo el acto de subversión de las narraciones principales de la criminalidad negra y las nociones de progreso liberal son una zona primaria dentro de la cual puede ordenarse la acción radical mientras siguen subiendo los números de la muerte y la muerte en vida estatales, mientras la libertad sustantiva y colectiva parece casi imposible. Eso involucra afirmar el derecho a testimoniar la situación propia de humillación y prisión abyecta y no permitir que se la transforme en la fábula nacional de la criminalidad natural de los negros, esa fábula tan transitada. Bajo esa luz, el hecho de ser dueño de la propia historia terrorífica, el hecho de poder testificar el dolor propio, señala una rama de agencia subalterna y negra que, en el pasado, se remonta hasta el barco negrero. Ese elemento de temporalidad circular representa la naturaleza incompleta de la dominación y el grado en el cual el modelo carcelario del Pasaje del Medio produce sus propios excesos, sus “zombies”, cuya reaparición en la superficie desafía las líneas argumentales de la historia de los que creen en la supremacía blanca<sup>57</sup>. En su reunión con Sethe al final de *Beloved*, Paul D reconoce su propio poder para narrar, un poder que ha conseguido con mucho esfuerzo: el poder para decir lo indecible que

ha reprimido durante tanto tiempo. “Solamente esa mujer Sethe podía haberle dejado su masculinidad... Él quiere poner su historia junto a la de ella”<sup>58</sup>. Leída en esa luz, la narración de la neoesclavitud –la colocación y la recolocación que hace Morrison de las historias del Pasaje del Medio, la plantación y la cadena de presos en el centro de la construcción nacional de los EEUU— representa un reclamo radical de una serie de historias y cuerpos robados.

Como nos recuerda Joy James, los modos de creación teórica radical no son propiedad única de los académicos –las epistemologías radicales (o lo que VèVè Clark describe como “rupturas epistémicas”)—: surgen con frecuencia de espacios de muerte y humillación abyecta y no del espacio del privilegio burgués liberal<sup>59</sup>. Ninguna narración de la neoesclavitud hace explotar modelos facilistas de historia diacrónica más que *Soledad Brother* de George Jackson (1970), un manifiesto epistolar escrito cuando Jackson era preso político en las penitenciarías de California, donde pasó diez años, siete de ellos en confinamiento solitario. La sujeción de Jackson a los regímenes de confinamiento solitario operó como la condición de posibilidad de lo que, por lo que

<sup>56</sup> Hartman, *Scenes of Subjection*, 61-78. Ver también Wynter, “On Disenchanting Discourse”, 443-57; y Rodríguez, *Forced Passages*, 75-144.

<sup>57</sup> Para un debate sobre las discusiones anticoloniales de la figura del zombie dentro de la literatura caribeña, ver Elizabeth Paravisini-Gebert, “Colonial and Post Colonial Gothic: The Caribbean” (Gótico colonial y post colonial: el Caribe) en *The Cambridge Companion of Gothic Literature* (Cambridge: tomo sobre Literatura Gótica), Cambridge: Cambridge University Press, 2002, 248-53.

<sup>58</sup> Morrison, *Beloved*, 273.

<sup>59</sup> Joy James, “American “Prison Notebooks”” (Cuadernos estadounidenses de prisión) en *Race and Class* (Raza y clase), 45,3, 2004: 35-44. Ver también Joy James, *Imprisoned Intellectuals: America’s Political Prisoners Write on Life, Liberation and Rebellion* (Intelectuales en prisión: los prisioneros políticos de los EEUU escriben sobre la vida, la liberación y la rebelión). Lanham MD: Rowman and Littlefield, 2003, y Rodríguez, *Forced Passages*.

yo sé, constituye la primera teoría completa sobre lo que él define como *neoesclavitud*<sup>60</sup>.

En una carta de abril de 1970, compuesta después de haber soportado siete años de confinamiento solitario (por la forma en que organizó la lucha interracial y por sus escritos radicales desde detrás de las paredes de la prisión), Jackson registra en forma poética las relaciones de continuidad que tiene su experiencia con la de los prisioneros de los barcos esclavistas:

*Mi recuerdo es casi perfecto, el tiempo no ha borrado nada. Me acuerdo del primer secuestro. Viví el pasaje, morí en el pasaje, estuve en las tumbas sin marca, las tumbas a ras de la tierra de los millones que han fertilizado el suelo amerikano (sic) con sus cadáveres: el algodón y el maíz crece desde mi pecho, “hasta la tercera o cuarta generación”, la décima, la centésima. Mi mente va ida y vuelta a través de incontables generaciones, y yo siento todo lo que ellos sintieron, pero dos veces. No puedo evitarlo; hay demasiadas cosas que me recuerden las 23 ½ horas (por día) que estoy en esta celda. Ni diez minutos pasan sin un recordatorio. Mientras tanto, me dejan aquí para especular sobre la forma que tendrá ese recordatorio*<sup>61</sup>.

El recuerdo amplio y total que tiene Jackson de la esclavitud institucionalizada en el Sur se cataliza aquí en las imbricaciones materiales y de experiencia de la *bodega* del barco

esclavista; hay hasta un juego de palabras entre bodega y celda (“ship *hola*” y “prison *hole*”: en inglés, bodega de barco y agujero, como metáfora de prisión). Aquí, el proceso de aislamiento indefinido representa el grado cero de lo que Jackson describe en sus cartas como *neoesclavitud*. El prisionero condenado al régimen solitario está separado no sólo de líneas de parentesco biológico sino de todo contacto social, y por eso dice Jackson que siente todo lo que sintieron los esclavos “pero dos veces”. Como la jaula de la cadena de presos, lo carcelario en el Pasaje del Medio expresado aquí como aislamiento indefinido involucra una desorientación radical de la experiencia temporal; en otras palabras, las articulaciones del terror espacial y racial en el contexto de la prisión del Norte y de Occidente hace que el tiempo se vuelva sobre sí mismo porque la experiencia del presente está perseguida por el fantasma de los modos de represión capitalista racial del *pasado* (tiempo) o del *sur* (espacio)<sup>62</sup>. Como sugiere Colin (Joan) Dayan, aunque “la resurrección de la esclavitud aparece cuando se discute la tendencia a la condena a trabajos forzados y a la criminalización de los negros en el Sur de la post Guerra Civil (...) la penitenciaría (...) sobre todo el “solitario”, también conocido como “el sistema de disciplina” o “sistema separado” ofrece una entrada inquietante al tema de la servidumbre, una invención de la criminalidad y las prescripciones de tratamiento que convertían a los seres

<sup>60</sup> Ver también Jacqueline Jones, *Labor of Love, Labor of Sorrow: Black Women and the Family, from Slavery Through the Present* (Trabajo de amor, trabajo de pena: la mujer negra y la familia, desde la esclavitud hasta el presente), Nueva York: Vintage Books, 1985, 153.

<sup>61</sup> Jackson, *Soledad Brother*, 234, énfasis agregado.

<sup>62</sup> Las cuarentenas indefinidas de prisioneros políticos como Jackson funcionaron como un campo de pruebas

para las prisiones de máxima seguridad y prisiones especiales de la actualidad. La tendencia a convertir a una sección o a una prisión completa en zona de “encierro absoluto”, un lugar en el que los prisioneros pasan 23 horas y media por día o más en confinamiento solitario empezó como metodología en Marion Prison, Illinois, en 1981.

humanos en muertos en vida”<sup>63</sup>. Las continuidades inquietantes entre la experiencia de Jackson y la del pasado de la esclavitud institucionalizada se registran en ese nuevo mapa sutil del “pasaje” y el “pasaje” aparece como mucho más que un simple fenómeno sureño o de base acuática. Para Jackson, “los millones que han fertilizado el suelo amerikano” no pueden separarse de los huesos incontables que tapizan el fondo del Atlántico. A través de su poética basada en la experiencia de la muerte en vida, Jackson insiste: el proceso de asesinato en masa que empezó en el Atlántico continúa a través de su propio entierro en vida en un “barco negrero en tierra” en la liberal Costa Oeste de los Estados Unidos.

Eso no significa tratar al barco esclavista, la plantación, el campo estadounidense de prisioneros y el campo alemán de concentración como exactamente iguales sino señalar que la implementación de la enemistad racial y la marca de la otredad en un grupo como técnicas de la creación de masas a las que se puede esclavizar, prohibir y asesinar es un proceso que no empezó con el Tercer Reich y tampoco terminó con él<sup>64</sup>. Junto con los pueblos colonizados del Sur global, el sujeto negro “libre” del apartheid sureño representaba una vida que estaba devaluada hasta el punto en que se la podía reesclavizar, matar, desposeer o someter a la muerte en vida con total impunidad. La existencia de la prisión móvil y su relación directa con el barco esclavista, revela cómo,

en los EEUU, la *conditio inhumana* siempre ha sido una función y no una excepción en los procesos “normales” de la ley y el orden. En realidad, esas condiciones aplicadas a los negros --bajo las leyes tanto de la esclavitud como de la neoesclavitud-- han tenido que ver no con las creaciones de una excepción a la ley sino con el hecho de que el sujeto “negro” está históricamente considerado como *una excepción biológica y metafísica a la regla de la humanidad (blanca)*, como la antítesis del orden, la racionalidad, la moralidad y la productividad, y como un enemigo natural del Estado o un “Problema” para él<sup>65</sup>.

En términos de la cadena de presos y la esclavitud en las prisiones posteriores a la guerra, la construcción ideológica de los negros como casi humanos no fue solamente un ejemplo de anacronismo sureño: es un hecho todavía más importante si se piensa en la financiación directa de las cadenas de presos con dinero público y federal de vialidad. Un ingeniero que representaba a la Oficina de Caminos Públicos registra la culpabilidad norteña con respecto a la neoesclavitud sureña en una forma que rivaliza con el peor paternalismo de la esclavitud de plantaciones. Así, afirma que “*el material humano que se maneja* (en las cadenas de presos) *es... tan radicalmente diferente* de cualquiera de las otras secciones” que exige técnicas que se considerarían inhumanas si se utilizaran contra los blancos<sup>66</sup>. Y sólo en este caso, como señala Lichtenstein, la neoesclavitud de las cadenas

<sup>63</sup> Dayan, “Legal Slaves and Civil Bodies”, 69.

<sup>64</sup> Césaire, Discourse on Colonialism.

<sup>65</sup> Wynter, “On Disenchanted Discourse”.

<sup>66</sup> Alex Lichtenstein, “Good Roads and Chain Gangs in the Progressive South: “The Negro Convict is a Slave””

(Buenos caminos y cadenas de presos en el Sur progresista: El negro convicto es esclavo) en *Journal of Southern History* (Revista de Historia Sureña) 59,1, febrero, 1993: 85-110.

de presos difería de su antecesora agraria en el hecho de que la explotación del esclavizado se hacía al servicio de la renovación de la economía sureña a imagen y semejanza de la modernidad e industrialización del Norte.

La correlación directa entre la “caja” de Morrison y la “jaula” posterior a la Guerra Civil sugiere que, al crear la escena de la cadena de presos, Morrison era muy consciente de la forma en que los métodos de deshumanización presentes en el barco esclavista no sólo resurgieron en los espacios de horror de la preguerra –la plantación Dulce Hogar—sino que volvieron más tarde, como fantasmas, en las experiencias de la población negra después de la Emancipación. En esa línea, la teoría de Stephanie Smallwood sobre la insuficiencia de los modelos lineales de tiempo-espacio para analizar la experiencia de los esclavos en las tumbas de las jaulas se aplica directamente a la experiencia negra del entierro colectivo, en tiempos posteriores a la Emancipación. Como señala Smallwood, “el barco esclavista no tuvo un curso de continuo narrativo entre el pasado africano y el presente americano sino que fue la memoria de un pasaje indeterminado marcado por la imposibilidad de cerrar completamente la narración”<sup>67</sup>.

Mi lectura de *Beloved* como una narración de la neoesclavitud nos obliga a reconsiderar el cierre de la narración insinuado en el conmovedor momento de acción comunitaria que cierra la novela. Eso no significa disminuir la importancia histórica y cultural del exorcismo de los alaridos de las negras que se reúnen alrededor de 124 y liberan así a Sethe

y también a ellas mismas de los fantasmas de la esclavitud y el Pasaje del Medio. En realidad, cuando se lee este final junto con el momento igualmente dramático de la acción colectiva de los hombres --ese momento que libera a Paul D y los 46 de la cadena de presos--, el gesto colectivo de las mujeres negras señala la forma en que la resistencia ha sido desde hace ya mucho el exceso impredecible de las formaciones de la (neo)esclavitud. Sin embargo, leer la conclusión de la novela como un cierre prolijo del libro de las prisiones del Pasaje del Medio sería imponer un marco de tiempo lineal que está claramente desmentido por la experiencia de perturbación temporal y espacial que sufren los personajes en todo el texto. La estructura radical circular de tiempo y espacio que crea Morrison es una forma de desenterrar narrativamente los vestigios no muertos del pasado de esclavitud/prisión. Si escuchamos con cuidado el alarido de las mujeres que se reúnen alrededor de la 124, oímos los sonidos de emiten los muertos en vida de la cadena de presos de Georgia y los alaridos de la bodega prisión de los barcos esclavistas en el cruce del Atlántico, no sólo cuando reverberan en el texto de Morrison sino cuando siguen sonando en lugares como Folsom, Attica y Abu Ghraib, y en los 2,3 millones y más de presos estadounidenses. Esa lectura del encarcelamiento doméstico y global como un indeterminado Pasaje del Medio pide que todos sigamos el ejemplo de protección comunitaria que nos dan las mujeres que rodean la 124: nos pide que sigamos aullando con fuerza para que se terminen la esclavitud

<sup>67</sup> Smallwood, *Saltwater Slavery*, 207.

de las prisiones y también el capitalismo racial.

## BIBLIOGRAFÍA

“Prison and Jail Inmates, 1995” (*Prisioneros y encarcelados, 1995*), Departamento de Justicia de los EEUU (DOJ), Estadísticas, agosto 1998, tomado el 12 de abril, 2008. (<http://www.ojp.usdoj.gov/bjs/abstract/pji95.htm/>)

Agamben, Giorgio. *Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life*, traducción al inglés: Daniel Heller-Roazen, Stanford, California: Stanford University Press, 1998.

Althusser, Louis. “Ideology and Ideological State Apparatus (Notes Towards an Investigation)”, en *Lenin and Philosophy*, Nueva York: Monthly Review Press, 1971.

Arendt, Hannah. *The Origin of Totalitarianism*, Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1973.

Baraka, Amiri (Leroi Jones), *Blues People*, Nueva York: Morrow Quill, 1963.

Broad, Robert. “Giving Blood to the Scraps, Haints, History and Hosea in *Beloved*” en *African American Review*, 28.2 (Summer, 1994): 189-97.

Brown, Sterling. “Folk Literature”, 1941, en *A Son's Return: Selected Essays of Sterling A. Brown*, editado por Mark A. Sanders, Boston: Northeastern University Press, 1996.

Cabral, Amilcar. “Tell No Lies, Claim no Easy Victories”, en *Revolution in Guinea*:

- Selected Texts*, Nueva York: Monthly Review Press, 1972.
- Césaire, Aimé. *Discourse on Colonialism*, traducción al inglés de Joan Pinkham, Londres: Monthly Review Press, 1972.
- Churchill, Ward. *A Little Matter of Genocide: Holocaust Denial in the Americas, 1492 to the Present*, San Francisco: City Lights, 1997.
- Davis, Angela Y. "From the Prison of Slavery to the Slavery of Prison: Frederick Douglass and the Convict Lease System", en *The Angela Davis Reader*, editado por J. James. Malden, Massachussets: Blackwell, 1998, 74-95.
- Davis, Angela Y. *Are Prisons Obsolete*, Nueva York: Seven Stories Press, 2003.
- Dayan, Colin (aka Joan). "Legal Slaves and Civil Bodies", en *Materializing Democracy*, editores Russ Castronovo y Dana Nelson, Durham N. C.: Duke University Press, 2002.
- Dow, George Frances, *Slave Ships and Slaving*, Cambridge, Md: Cornell Maritime Press, 1968.
- Du Bois, W. E. B. *Black Reconstruction in America: 1860-1880*. Nueva York: Anthem, 1992.
- Fanon, Frantz. *The Wretched of the Earth*, Nueva York: Grove Press, 1991.
- Farmer, Melvin. *The New Slave Ship*, Los Angeles: Milligan Books, 1998.
- Fierce, Milfred. *Slavery Revisited: Blacks and the Convict Lease System 1865-1933*, Nueva York: City University of New York, 1994.
- Foucault, Michael. *Discipline and Punish*, traducción al inglés de Alan Sheridan, Nueva York: Vintage Books, 1979.
- Gilmore, Ruth Wilson. *Golden Gulag: Prisons, Surplus, Crisis and Opposition in Globalizing California*, Berkeley: University of California Press, 2007.
- Gordon, Avery. *Ghostly Matters: Haunting and the Sociological Imagination*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996.
- Hartman, Saidiya. *Scenes of Subjection: Race, Terror and Self-Making in Nineteenth Century America*, Oxford: Oxford University Press, 1997.
- Inikori, Joseph; Stanley Engerman (eds.), *The Atlantic Slave Trade: Effects on Economies, Societies and Peoples in Africa, América and Europe*, Durham, N. C: Duke University Press, 1992.
- Jackson, George. *Soledad Brother: The Prison Letters of George Jackson*, Chicago: Lawrence Hill Books, 1994.
- James, Joy. "American "Prison Notebooks"" en *Race and Class*, 45,3, 2004: 35-44.
- James, Joy. *Imprisoned Intellectuals: America's Political Prisoners Write on Life, Liberation and Rebellion*. Lanham MD: Rowman and Littlefield, 2003.
- James, Joy. *Resisting State Violence:*

- Radicalism, Gender and Race in US Culture*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996,
- Jones, Jacqueline. *Labor of Love, Labor of Sorrow: Black Women and the Family, from Slavery Through the Present*, Nueva York: Vintage Books, 1985.
- Lawrence, David. "Fleshy Ghosts and Ghostly Flesh: The Word and the Body in *Beloved*", en *Toni Morrison Fiction: Contemporary Criticism*, editor David Middleton, Nueva York: Garland, 1996, 231-46.
- Lichtenstein, Alex. "Good Roads and Chain Gangs in the Progressive South: "The Negro Convict is a Slave", en *Journal of Southern History* 59,1, febrero, 1993: 85-110.
- Lichtenstein, Alex. *Twice the Work of Free Labor: The Political Economy of Convict Labor in the New South*, Londres: Verso, 1996.
- Manis, Daniel. *Black Cargoes, A History of the Atlantic Slave Trade*, Nueva York: Viking, 1962.
- Manzini, Matthew, *One Dies Get Another: Convict Leasing in the American South, 1866-1928*, Columbia: University of South Carolina Press, 1996.
- Mbembe, Achille. "Necropolitics", traducción al inglés de Libby Meintjes, *Public Culture*, 15.1 (2003), 11-40.
- Morrison, Toni, *Beloved*. Nueva York: Pluma, 1987.
- North Carolina Department of Correction, comunicado de prensa, 1 de noviembre, 1994, [www.doc.state.nc.us/NEWS/1996/96news/oldcages.htm/](http://www.doc.state.nc.us/NEWS/1996/96news/oldcages.htm/) (visto el 10 de junio, 2008).
- Oshinky, David. *Worse than Slavery": Parchman Farm and the Ordeal of Justice*, Nueva York: Simon and Schuster, 1996.
- Paravisini-Gebert, Lizabeth. "Colonial and Post-Colonial Gothic: The Caribbean", en *The Cambridge Companion of Gothic Literature*, Cambridge: Cambridge University Press, 2002, 248-53.
- Robinson, Cedric. *Black Marxism: The Making of the Black Radical Tradition*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2000.
- Rodney, Walter. *How Europe Underdeveloped Africa*, Washington D. C.: Howard University, 1982.
- Rodríguez, Dylan. *Forced Passages: Imprisoned Radical Intellectuals and the US Prison Regime*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 2006, 223-56.
- Ruffin vs. Commonwealth* 62 VA 790 (1871): 795-96.
- Smallwood, Stephanie, *Saltwater Slavery: A Middle Passage from Africa to American Diaspora*, Cambridge, Massachussets: Harvard University Press, 2007.

Spivak, John. *Georgia Nigger*. Montclair, Nueva Jersey: Patterson Smith, 1969.

Wilson, Walter. "Chain Gangs and Profit: The Economic Basis of Our American Siberia", en *Harper's*, abril, 1933, 539-40.

Wilson, Walter. *Forced Labor in the United States*, Nueva York: International, 1933.

Wynter, Sylvia. "On Disenchanting Discourse: "Minority" Literary Criticism and Beyond", en *The Nature and Context of Minority Discourse*, editores Abdul JanMohamed y David Lloyd, Oxford: Oxford University Press, 1990.

Wynter, Sylvia. "The State and Soul of Jamaica", Conferencia, Universidad de California en Berkeley, 31 de marzo, 1993.

